

El populismo como construcción política distinta a la masa

Populism as a politic structure different from the mass

Por Nora Merlin

RESUMEN

Partiendo de las categorías psicoanalíticas y poniéndolas en diálogo con algunas teorías políticas contemporáneas, nos proponemos diferenciar la construcción populista de la de masas. Entendemos ambas modalidades como respuestas diferentes al malestar en la cultura que producen distintos efectos en los actores de cada una de ellas. El populismo, definido por Laclau desde la teoría del lenguaje de Saussure, supone una construcción de identidad a partir de la articulación de demandas que se hacen equivalentes. En contraposición, la masa es una respuesta social no discursiva si no puramente libidinal. Creemos que tal distinción resulta imprescindible, a riesgo de producir un saldo lamentable que redunde en la asociación de populismo, o peronismo en la idiosincrasia nacional, y fascismo. En tal sentido, se despeja que el populismo no es un peligro para la democracia si no un síntoma de la misma. De este modo se intenta modificar la relación entre ciudadanía y populismo.

Palabras clave: Populismo - Masa - Democracia - Síntoma

SUMMARY

Based on psychoanalytic categories and putting them in dialogue with some contemporary political theories, we propose to distinguish the building populist from the mass. We understand both ways as different responses to the unrest in the culture that produced different effects on the players in each one of them. Populism, defined by Laclau from Saussure's theory of language, is a construction of identity from the articulation of demands which made equivalent. In contrast, mass is a non-discursive social response if not purely libidinal. We believe that this distinction is essential, at the risk of producing an unfortunate balance resulting in the association of populism, or Peronism in the national character, and fascism. In this regard, it clears that populism is not a danger to democracy but a symptom of it. This will try to modify the relationship between citizenship and populism.

Key words: Populism - Mass - Democracy - Symptom

“Si la función del prejuicio es preservar a quien juzga de exponerse abiertamente a lo real y de tener que afrontarlo pensando, las cosmovisiones e ideologías cumplen tan bien esa misión que protegen de toda experiencia, ya que en ellas todo lo real está al parecer previsto de algún modo.”
Hanna Arendt, *¿Qué es la política?*

La palabra populismo goza hoy de muy mala reputación. Cada vez que se la emplea denota un juicio adverso sostenido en prejuicios, producidos no sólo en la opinión pública y los medios sino también en la academia. Dos de ellos muy frecuentes se enlazan y retroalimentan: el primero afirma que la construcción populista es igual a la de masas. El segundo, que el fenómeno del populismo es un peligro para la democracia. Mediante el presente trabajo intentaremos dar una respuesta que pensamos necesaria para despejar tales obstáculos, persiguiendo dos objetivos fundamentales: que el concepto recupere dignidad, para evitar análisis políticos erróneos y lamentables que dejan como saldo la homologación del fenómeno en cuestión y los regímenes totalitarios. Por ejemplo en la Argentina, la igualación corriente y reduccionista de peronismo y fascismo. Por otra parte, proponemos pensar y producir otra relación entre ciudadanía y populismo, entendido este último como un modo de construcción del poder popular y de re-invencción de la política.

Masa y populismo: construcciones diferentes de lo social

Masa

Freud, en su artículo “Psicología de las masas y análisis del yo”, afirma que las masas son asociaciones de individuos que se manifiestan con características bárbaras, violentas, impulsivas y carentes de límites, en las que se echan por tierra las represiones. Son grupos humanos hipnotizados, con bajo rendimiento intelectual y que buscan someterse a la autoridad del líder poderoso que las domina por sugestión.

“Una masa primaria de esta índole es una multitud de individuos que han puesto un objeto, uno y el mismo, en el lugar de su ideal del yo” (Freud, 1921, p. 116).

Se trata allí de una constitución libidinosa producida por la identificación al líder, en la que una multitud de individuos pone en el mismo objeto (el líder) el lugar del ideal del yo, operador simbólico que sostiene la identificación de los *yoes* de los miembros entre sí. Por lo tanto, dos operaciones constituyen y caracterizan a la masa: *idealización* al líder e *identificación* con el líder y entre los miembros. A partir de “Introducción del Narcisismo” Freud articula identificación y amor, y confiere a éste estructura de engaño. Como consecuencia de la identificación y la idealización, se desprende el estado de hipnosis que produce fascinación colectiva, y una pasión: la del Uno que uniformiza y excluye.

Desde la última enseñanza de Lacan, cuando incluye su teoría de los nudos borromeos, es posible pensar una mo-

alidad de lo simbólico que no hace cadena, es decir, un conjunto de elementos disjuntos, de Unos no encadenados. Lacan utilizó la imagen del grano de arena para explicar el significante no encadenado: un simbólico que no hace cadena tampoco hace lazo social, estaría más cerca de la lengua que del discurso.

“El grano de arena no establece relación, hace montón, es la multiplicidad inconsistente del montón y me doy cuenta que es un problema captar la diferencia entre un lazo social y un montón de gente. No hace falta creer que lo múltiple hace lazo social (...) lo simbólico del nudo Borromeo no es lo simbólico del grafo del deseo, por ejemplo” (Soler, 2009, p. 40).

Populismo

Coincidimos con el punto de vista de Laclau, quien concibe al populismo como expresión indiferente a la ideología y a las versiones, grupos, clases o momentos históricos, también al desarrollo económico y social de una sociedad. La construcción populista no surge como antagonista del poder conforme al modelo marxista de la lucha de clases, sino que Laclau lo define como “lucha popular democrática”, formación social que depende de una lógica de articulación de demandas que se relacionan y conforman identidad. Dicho autor produce una teoría del populismo a partir del análisis del discurso, utilizando la lingüística saussuriana, la teoría lacaniana y la política, y concibiendo lo social como realidad de discurso, de significación.

La concepción del lenguaje de Saussure, permite a Laclau explicar el concepto de populismo basándose en la retórica y el análisis discursivo. Considera el fenómeno como una lógica de

valores, un sistema de relaciones entre elementos equivalentes y diferentes; al igual que la lingüística estructuralista con los significados del sistema de la lengua, desestima la trama ideacional y moral de las demandas. En su formulación, Laclau también incluye la concepción lacaniana del lenguaje, en particular del significante en tanto sistema de oposiciones y diferencias que se relacionan entre sí y producen de esta forma infinitos efectos de sentido. Según Lacan, no hay universo de discurso porque el Otro en tanto batería significante está barrado (A), es decir, no es un conjunto cerrado y por lo tanto ninguna significación es absoluta ni abarca lo real. En otras palabras, lo simbólico no subsume lo real, concibiendo a este último como lo imposible a lo simbólico. Para que el lenguaje se constituya en un sistema de diferencias, es necesario establecer un límite, un elemento excluido que está más allá del límite, un heterogéneo radical que deviene en otra diferencia. De este modo se deduce que el cierre del conjunto no es posible y que no hay universo de representación.

“Todos los significantes son equivalentes, porque sólo juegan con la diferencia de cada uno respecto de los demás, por el hecho de no ser los otros significantes. Pero por eso también cada uno de ellos es capaz de adquirir posición de significante amo, precisamente por lo siguiente, porque su función eventual es representar a un sujeto para cualquier otro significante” (Lacan, 1992, p. 93).

A diferencia de otros autores que se ocuparon del populismo, Laclau no parte del concepto de pueblo como supuesto ontológico dado, sino más bien lo plantea como un efecto contingente, una construcción política particular

que tiene como unidad de análisis a y se origina en la demanda social.

“Los símbolos o identidades populares, en tanto son una superficie de inscripción no expresan pasivamente lo que está inscripto en ella, sino que de hecho constituyen lo que expresan a través del proceso mismo de su expresión. En otras palabras: la posición del sujeto popular no expresa simplemente una unidad de demandas constituidas fuera y antes de sí mismo, sino que es el momento decisivo en el establecimiento de esa unidad (...) La única fuente de articulación es la cadena como tal” (Laclau, 2008, p. 129, B).

Las demandas no son sólo significación de una necesidad, sino que además implican demanda de reconocimiento, de identidad y de inscripción en la comunidad. Como las demandas siempre se dirigen al Otro (el campo del lenguaje) y al otro semejante, siempre suponen la dimensión relacional, “el entre”, y es allí, en la relación de equivalencia con otras demandas, donde se significan, y no a priori, pues no son unidades de sentido sino que acarrear una práctica articuladora. A través de la lógica de la equivalencia, las demandas devienen construcción de identidad populista, que supondrá la unificación de las mismas, conformando de este modo una construcción política hegemónica. Según Laclau el populismo es un modo de construcción de lo político inherente a la comunidad, porque es impensable que esta satisfaga todas sus demandas; de esa diferencia discursiva surge como consecuencia el pueblo, pero siempre a condición de que se cumpla la lógica de articulación y equivalencia, esto es, la conformación del pueblo del populismo que tiene lugar por

la imposibilidad de todo orden social de satisfacer todas las demandas y cerrarse como un todo.

Laclau recorta dos clases de demandas: las democráticas, que son satisfechas por las instituciones y por eso están aisladas de la equivalencia, y las populares, que establecen relaciones de equivalencia. Estas últimas, siendo diferentes se hacen equivalentes y por intermedio de este proceso van construyendo hegemonía popular, de tal modo que un elemento es susceptible de representar la totalidad, representación de una imposibilidad en el que un particular asume el universal. En el mismo sentido que el objeto lacaniano, un simbólico que designa lo real imposible, el pueblo del populismo es entendido como una parcialidad que intenta funcionar como totalidad. El pueblo será entonces metáfora o nombre de la comunidad “toda”, un significante vacío ubicado como totalidad y que por eso mismo construye hegemonía. Esta distinción no implica fijeza conceptual, pues una demanda democrática absorbida por la institucionalidad puede devenir popular si se reactiva y entra en equivalencia con otras; las demandas no son estáticas sino dinámicas. Por otra parte, el populismo aparece como efecto del antagonismo propio de lo social y es de dimensión rupturista, pues se trata de interpelaciones y respuestas sociales que generan una división dicotómica en la sociedad: un “nosotros”, el pueblo, y un “ellos”, los enemigos del pueblo. La frontera entre estos dos grupos traza un límite que niega a la vez que afirma identidad popular.

“Pues lejos de ceder a una reducción logicizante, allí donde se trata del deseo, encontramos en su irreductibilidad a la demanda el resorte mismo de lo que impide igualmente

reducirlo a la necesidad. Para decirlo elípticamente: que el deseo sea articulado, es precisamente la razón que no sea articulable” (Lacan, 1975, p. 784, A).

Lacan define al sujeto siempre en afánisis, representado por un significante para otro significante aunque ninguno de ellos lo representa todo. Hay un exceso que no se simboliza, que carece de representación, que resta a la inscripción discursiva, conformando una exclusión radical, un heterogéneo. Parafraseando a Lacan, toda demanda produce un resto metonímico que no se inscribe ni articula: el objeto causa del deseo que Lacan nombra objeto *a*, utilizando la letra “a” que se diferencia de los significantes, dado que es una letra que designa lo real como lo imposible a la simbolización. El objeto *a* entonces es heterogéneo al Otro del lenguaje y es causa y resto a la vez (plus de goce), ineliminable. Laclau considera que este resto no es el antagonista ni el enemigo, tampoco el “ellos” que no es pueblo, sino que a este resto lo denomina, como hemos mencionado, lo heterogéneo. Freud se refiere a dicho resto en el “Malestar en la cultura...” como lo pulsional imposible de resolver que determina el fracaso del programa de la cultura.

”La inclinación agresiva es una disposición pulsional autónoma, originaria del ser humano (...) sostengo que la cultura encuentra en ella su obstáculo más poderoso....a este programa de la cultura se opone la pulsión agresiva natural de los seres humanos, la hostilidad de uno contra todos y de todos contra uno. Esta pulsión de agresión es el retoño y el principal subrogado de la pulsión de muerte” (Freud, 1930, p. 117).

Dice Freud “resto no domeñado por la cultura”, que no se civiliza ni hace lazo y que determina que lo social sea un espacio irreconciliable e inarmónico. Paradójicamente, este heterogéneo que no se inscribe en el espacio social en tanto realidad discursiva es causa de la política, puesto que impide que las identidades se cristalicen y se cierren.

“Sólo conozco un origen de la fraternidad -quiero decir la humana, de nuevo el humus-, es la segregación (...) todo lo que existe se basa en la segregación, y la fraternidad lo primero. Incluso no hay fraternidad que pueda concebirse si no es por estar separados juntos, separados del resto” (Lacan, 1992, p. 121).

Desde otra perspectiva la concepción sobre la acción política de Hanna Arendt, sin referir directamente a la problemática que estamos considerando, puede sernos útil para diferenciar la construcción populista de la de masas, puesto que la acción política tiene como condición la palabra, la cual Arendt define como revelación en el mundo, en lo público, y es ella la que convierte a la praxis en significativa. Para dicha autora el mundo humano, realidad de palabras, delimitado por el espacio común que tiene lugar en el “entre” en el que sucede la política, es tal sólo en el habla, realización del lenguaje a la vez individual y colectiva en tanto necesita del otro. Es en la acción, es decir en hablar y escuchar, donde se juega la política como acto de libertad propio de la condición humana, quedando ubicada dicha acción como un comienzo, no tanto de algo sino de alguien. Pensamiento y acción plural entonces siempre remiten a distinción, nunca a mera alteridad ni uniformidad propia de la masa. Se dedu-

ce así que Arendt recupera en lo colectivo la dimensión subjetiva de la política. En esta concepción, la política se diferencia e introduce una ruptura con cualquier otra modalidad social: la pluralidad de los seres humanos en un mundo común no se asimila a la unidad homogeneizante, es decir, a la masa. Lo común, condición indispensable de la política, no es la fusión sino por el contrario lo plural, aquello que agrupa y separa, aparición consistente en hacerse visible en lo público: hablar y hacerse escuchar, ya que lo que vincula a los hombres entre sí son las palabras, que definen la condición humana. Por el contrario, en la masa el sujeto no es tratado como tal, no tiene voz ni voto; se trata allí de una destitución subjetiva que en el discurso capitalista se manifiesta en la producción mercantil de objetos y de sujetos tomados como objetos.

La teoría populista de Laclau también coincide con la idea de la política que sostiene Ranciere, quien piensa en un sujeto político definido no por su participación en la elección de representantes, si no por su relación diferencial respecto del orden que se le asigna en una comunidad dada. Su inscripción en ella supone una relación de participación-partición de la que resulta una tensión entre la comunidad compartida y la partición del poder divisor. El populismo de Laclau y la formulación de Ranciere respecto de la política como modalidad de inscripción de la parte que no tiene parte en la comunidad, de una parte aún no reconocida por la institucionalidad o la comunidad, se asemejan. Ambos autores rompen con la idea de la comunidad como un conjunto cerrado que incluye a todos y, por el contrario, la conciben como escindida, como lugar de una división irreconciliable en la que no hay sínte-

sis. Para Ranciere la democracia no se limita a lo representativo y la política no se define por la gestión o administración. Ambas teorías suponen el conflicto como forma de tramitar el “desacuerdo”, que surge cuando quienes pertenecen a uno de los grupos clasificados por el orden del Estado se desclasifica por considerarse perjudicado en dicha clasificación y afirma su diferencia. Esto es lo que el sociólogo francés llama rebelión de lo cardinal contra lo ordinal.

“La verdadera participación es la invención de ese sujeto imprevisible que hoy día ocupa la calle, ese movimiento que no nace de otra cosa. La garantía de la permanencia democrática no pasa por ocupar todos los tiempos muertos y los espacios vacíos por formas de participación o contrapoder; pasa por la renovación de los actores y de la forma de su actuar, por la posibilidad siempre abierta, de una emergencia de ese sujeto que eclipsa” (Ranciere, 1998, p. 88).

Entendemos el populismo como un fenómeno que refiere a la democracia participativa y que pone en evidencia los límites de la democracia representativa, la cual se reduce a los canales institucionales, formales, a todo ello que podemos llamar el “esqueleto democrático” que deviene en la muerte de la política. El ideal representativo siempre va de la mano de la “fetichización del estado de derecho”, lo cual introduce el segundo prejuicio que planteábamos al comienzo.

Populismo: ¿peligro para la democracia?

Para pensar si la construcción populista constituye un peligro conviene retomar la diferencia establecida por

Freud en “Inhibición síntoma y angustia” entre un síntoma y un peligro. Allí el síntoma queda ubicado como una respuesta posible de un aparato que da una señal de angustia y es capaz de defenderse sin quedar avasallado ni paralizado ante lo que aparece como situación de peligro, definida como amenaza de castración proferida por el padre de la ley. “Los síntomas son creados para evitar la situación de peligro que es señalada por el desarrollo de angustia”, (Freud, 1927, p. 122). Para Freud el síntoma, como resultado del conflicto entre lo pulsional y lo prohibido, será:

- una formación de compromiso, un mensaje a ser descifrado dirigido al Otro. Aquí podemos ubicar la lógica de las demandas que se articulan y se hacen equivalentes.
- un modo de satisfacción, sustituto pulsional de estructura extraterritorial en el yo, extranjero *egodistónico*. Lacan lo define en “R.S.I.” como un signo de algo que no anda en lo real, un efecto simbólico en lo real.

Si extrapolamos la referencia psicoanalítica del síntoma al campo social y ubicamos al populismo como modo de respuesta de un aparato que se defiende y reacciona, se deduce que el populismo no es un peligro sino un síntoma, que se realiza y manifiesta en la realidad social como pedido a ser descifrado por el otro del reconocimiento, siguiendo a Laclau, producto de demandas articuladas que cobran significación en la articulación misma y que expresan algo que no anda y aún no tiene respuesta institucional. Por lo expuesto concluimos que, en primer lugar, la construcción de pueblo no es igual a la de la masa, debido a que representan dos modos distintos de respuesta social al malestar en la cultura. En el fenómeno populista ve-

rificamos que es posible otra conformación de identidad que no consista en la identificación al “Führer”:

“Un conjunto de elementos heterogéneos mantenidos equivalencialmente unidos sólo mediante un nombre es, sin embargo, necesariamente una singularidad (...). Pero la forma extrema de singularidad es una individualidad. De esta manera casi imperceptible, la lógica de la equivalencia conduce a la singularidad, y ésta a la identificación de la unidad del grupo con el nombre del líder” (Laclau, 2008, p. 130, B).

La construcción de identidad difiere cuando la caracteriza el enlace libidinal con el líder, en el caso de la masa, de la que se consigue por la lógica de las demandas, en el populismo. Laclau rescata al líder de “Psicología de las masas y análisis del yo” como enlace libidinal, pero el acento en la construcción populista no está puesto en la identificación a esa figura, si no en la lógica *equivalencial* de demandas. Es decir, no es lo mismo la identidad alcanzada sólo por la identificación y obediencia al líder, sujeto y amo de la palabra que articula mandatos e imperativos, que la conseguida a través de la articulación de demandas de sujetos que piden inscripción. En el populismo, los sujetos tienen la palabra y por lo tanto devienen actores políticos. Al poner en juego su palabra, el sujeto del populismo coloca una demanda en el lugar del agente, en tanto enunciado y enunciación dirigida al Otro, a una escucha. Se trata entonces de la suposición de un sujeto de deseo que se inserta desde su demanda en el discurso del amo reclamando reconocimiento; es un sujeto que legitima su figura, renovado en su potestad y en su soberanía.

En oposición, el sujeto de la masa es pasivo, servil y sugestionado, con un yo empobrecido sometido a un amo que articula ideologías preconcebidas y fijadas e ideales en los que obviamente no se produce política. En este caso, el líder es el único que encarna las demandas que funcionan como imperativos o mandatos a obedecer. Freud vio en el rebaño, la fascinación colectiva y la homogeneización de la psicología de las masas un prolegómeno del totalitarismo. A este respecto, Lacan es muy claro y nos recomienda, en “La dirección de la cura...”, no confundir la identificación con el significante todopoderoso de la demanda ni con el objeto de la demanda de amor. En el mismo sentido, en *El Seminario 11. Los cuatro conceptos fundamentales del psicoanálisis*, propone ir más allá del plano de la identificación: mantener la máxima distancia entre el Ideal y el objeto, ya que la superposición y confusión de ambos lleva al estado de hipnosis. Advertimos que la masa no es un modo de lazo social, de discurso, si no que se constituye por un montón de gente seriada, indiferenciada y unificada. A partir de Lacan es posible distinguir lo común sin anular lo singular del “para todos”. Por lo tanto, la construcción de pueblo no es igual a la construcción de la masa, pues son dos modos distintos de respuesta social. Además, otra conformación de identidad, ajena a la pasión por el Uno, es posible.

“Sólo la concepción de la soberanía del sujeto tiene alguna posibilidad de proteger la diferencia en general. Sólo cuando comenzamos a definir al sujeto como soberano, como sujeto de sus propias leyes, dejamos de considerarlo como calculable, como sujeto a leyes ya conocidas y por lo tanto manipulables. Sólo cuando

se reconoce la incalculabilidad soberana del sujeto, la percepción de las diferencias deja de alimentar demandas dirigidas a someter esas diferencias a procesos de ‘homogeneización’, ‘purificación’, o cualquier otra perpetración contra la ‘otredad’” (Copjec, 2006, p. 28).

Este sujeto radicalmente incognoscible e incalculable es la única garantía que tenemos contra el racismo, nos dice la autora. En segundo lugar, como hemos exhibido mediante el diálogo de los distintos autores, el populismo no es un peligro para la democracia. Siguiendo la lógica freudiana y lacaniana, nos parece acertado comprender al populismo como un síntoma social, una respuesta y no un peligro. Este diagnóstico sobre el populismo es un tema que quedará para desarrollar en un próximo trabajo.

A diferencia de la masa que se sostiene en el ideal, el populismo pone en acto la pluralidad discursiva, por lo que supone la idea de democracia como fundamento y revitaliza en su accionar mismo la vieja retórica moralizante y predestinada, desideologiza la política y permite que la creatividad de todos produzca iniciativas populares nuevas, posibilitando la irrupción de acontecimientos imprevistos e irreductibles a formas previas. Una cultura política posible, libertaria, emancipatoria, implica la construcción de hegemonía popular como condición, a través de la invención cultural, sin gradualismos ni puntos de llegada, con antagonismos que se inscriben en la democracia, dentro de sus límites y posibilidades, y asumen el riesgo de la verificación colectiva.

REFERENCIAS BIBLIOGRAFICAS

- ARENDDT, H. (1993), *¿Qué es la política?*, Paidós, Barcelona, 1997.
- BIBLIERI, P. PERELLÓ, G. (2007), *En el nombre del pueblo*, Unsam Edita, Buenos Aires, 2007.
- COPJEC, J. (2006), *El sexo y la eutanasia de la razón*, Paidós, Buenos Aires, 2006.
- LACAN, J. (1992), *El Seminario 17. El reverso del psicoanálisis*, Paidós, Buenos Aires, 1996.
- LACLAU, E. (2008), *Debates y combates: por un nuevo horizonte de la política*, Fondo de Cultura Económica, Buenos Aires, 2008, A.
- LACLAU, E. (2008), *La razón populista*, Fondo de Cultura Económica, Buenos Aires, 2008, B.
- RANCIERE, J. (1996), *El desacuerdo: política y filosofía*, Nueva Visión, Buenos Aires, 1996.
- RANCIERE, J. (1998), *En los bordes de lo político*, La Cebra, Buenos Aires, 2007.
- SOLER, C. (2009), *La querrela de los diagnósticos*, Letra Viva, Buenos Aires, 2009.
- FREUD, S. (1914), "Introducción del Narcisismo". En *Obras Completas*, Amorrortu, Vol. XIV, pp. 71-98, Buenos Aires, 1986.
- FREUD, S. (1921), "Psicología de las masas y análisis del yo". En *Obras Completas*, Amorrortu, Vol. XVIII, pp. 67-196, Buenos Aires, 1986.
- FREUD, S. (1927), "Inhibición, síntoma y angustia". En *Obras Completas*, Amorrortu, Vol. XX, pp. 83-161, Buenos Aires, 2004.
- FREUD, S. (1930), *Malestar en la cultura*. En *Obras Completas*, Amorrortu, Vol. XXI, pp. 65-140, Buenos Aires, 2007.
- LACAN, J. (1975), "Subversión del sujeto y dialéctica del deseo en el inconsciente freudiano". En *Escritos II*, Siglo XXI, pp. 773-807, A, México, 1984.
- LACAN, J. (1975), "La dirección de la cura y los principios de su poder". En *Escritos II*, Siglo XXI, pp. 565-626, B México, 1984.

RESEÑA CURRICULAR DEL AUTOR

Licenciada en Psicología de la Universidad de Buenos Aires. Psicoanalista. Docente universitaria en la cátedra "Psicoanálisis Freud", Titular: Juan Carlos Cosentino, desde 1984 a 1992, en la cátedra "Psicopatología", Titular: Roberto Mazzuca y "Psicoanálisis Freud I", Titular: Osvaldo Delgado, desde el 2006 a la actualidad. Autora de varios capítulos de libros y publicaciones. Actualmente, está realizando una maestría en Ciencias Políticas en IDAES.

E-Mail: nora_merlin@yahoo.com.ar